SALVADOR CASTAÑEDA ÁLVAREZ

¿POR QUÉ NO LES DIJISTE TODO?

El alambre torcido de dos polos atraviesa la pared rompiendo tabiques de confitillo blanco, viniendo desde fuera, se sigue por el ángulo de hierro herrumbroso y descascarado que sirve de viga, como aferrándose a él para no caer, luego a la mitad del techo de cartón alquitranado se descuelga medio metro. De ahí cuelga un foco prendido e indiferente. Es de noche, su luz es opaca y grasosa por el cochambre acumulado.

Desde que llegó, hace recuento de todo una y otra vez, empezando desde que sus camaradas lo dejaron en aquella calle solitaria del centro de la ciudad.

De este recuento obtenía conclusiones propias, pero mañosamente escamoteaba lo que no le era agradable, adhiriéndose así a una realidad torcida. Luego, con una satisfacción fingida se seguía fantaseando hasta trasladarse muy adelante en el tiempo y los acontecimientos futuros, todo en una atmósfera diferente.

Cuando sin ningún contratiempo llegó a donde vivía y después de bajarse del camión suburbano, una sensación de seguridad lo envolvió por completo y le hizo ver hacia el futuro con mucho optimismo, al mismo que un viento suave y fresco le acariciaba el rostro caliente por la aglomeración del autobús. Ahora sí, de aquí no me sacan —se decía— confundido entre más de un millón de gente: jóvenes, viejos, niños y mujeres ¿quién puede encontrarme? ¡A mí precisamente! Ahora que si así fuera, con sólo atravesar el panteón estoy en los cerros y de allí menos. Claro está que si alguien de aquí supiera cuando menos algo, sería muy fácil atraparme: las granadas para el caso de una retirada, la Browning de catorce tiros con tres cargadores más y el dinero en el estuche de la *Olivetti*, serían muchas pruebas en mi contra, y aunque se determinó no llevar nada a la acción que pudiera identificarnos en caso de que alguno cayera, con todo lo que tengo aquí cualquier medida de seguridad resulta inoperante. Pero no, no hay que exagerar, la exageración es mala, no es posible siquiera que sospechen lo del banco; todavía ni la noticia dan y menos van a pensar que estuve ahí o que tengo la tercera parte del dinero con la tarea de hacerlo llegar hasta *arriba*. Porque sólo ésa es mi tarea; hacerlo llegar hasta *arriba*.

Al irse acercando a la casa y saludando al paso a los amigos de siempre, aquella sensación aumentaba llegando al máximo al estar dentro, cerca de todos; ahí sintió que algo muy parecido a un caparazón invisible lo protegía contra todo.

Por ser la primera vez estuvo bien, se estudió todo con detalle: la llegada al lugar de la acción, la retirada, la vigilancia, las cajas y hasta la cantidad de gente que a esa hora estaba ahí, depositando o retirando alguna cantidad de dinero. Además todos hicimos lo necesario.

La granadas y lo demás ya lo tengo en un lugar seguro; hasta arriba del ropero. Los niños no las alcanzan y mañana las llevaré a uno más seguro todavía.

Nadie nos esperaba cuando llegamos, ¡se vio! todos estaban asustadísimos y nos obedecían en todo, ¡cabrones burgueses!

Cada vez que en sus recuentos amañados llegaba a esta parte, experimentaba una satisfacción nunca antes sentida y lo hacía recordar ese hecho nuevamente antes del siguiente recuento.

Todo el alambre está cubierto de moscas que se apiñan, tratando de estar cerca del calor que despide el foco grasoso. Una pasan sobre las otras tratando de quedar hasta delante, lo más cerca posible.

La cajera principal no se quería callar ni tirarse al piso como los demás y tuve que golpearla en la cara porque gritaba mucho, como en una ataque de histeria y de plano le metí el pie y la tiré, al caer el vestido le quedó en la cintura y sus pantaletas ajustadas entre las piernas delimitaban con precisión un equilatero contrastando notoriamente con el color de su piel, en una especie de geometría sexual estremecedora.

Esto lo veo ahora, pero cuando estaba ahí no me fijaba en nada semejante, pues toda la atención se pone en lo que en esos momentos hay que hacer.

—¡Agüelito, agüelito! ¡Venga que ya se me 'stan saliendo otra vez! —dijo como si quisiera llorar y con repugnancia uno de los niños.

Mi papá se levantó de la silla, junto a la mesa, y dejando el periódico que leía, acomodó el Delicado en la orilla.

Volviendo bruscamente a la realidad y sin pensarlo salí por la bacinica que estaba bajo el lavadero de cemento.

—¡Espérese allí, no se baje, deje que le traigan la bacinica! —dijo como si en verdad al bajarse me impidiera ir por ella.

—¡A ver deje ver cuántas se le salieron 'ora a mi'jo! —y empezó a buscar afanosamente sobre el colchón manchado de orines secos que parecían curvas de nivel con un paralelismo perfecto, haciendo a un lado las cobijas.

—¡Ustedes no se rían cabrones, que también se les salen pa'juera y más grandotas!

—¡Mire, mire como se hacen agüelito! —decían los demás niños al ver que se retorcían desesperadas, como si alguien les hubiera hechado sal o limón encima y se revolcaran agónicas.

—¡No, no las agarre, no sea cochino! —le dijo al más grande, haciéndolo a un lado al mismo tiempo

Salvador Castañeda (Matamoros, 1946) ha participado en talleres de narrativa y ha sido becario del INBA—FONAPAS, estímulo que le ha valido el término de su novela. Fue finalista en el concurso nacional de cuento de San Luis Potosí, en 1977.

que las empujaba con un papel de periódico para hacerlas caer dentro de la bacinica que sostenía con la otra mano.

La puerta se abrió de pronto con una patada que le dieron quebrándosele los vidrios al golpear contra la pared. Quiso cerrarse cuando iba de regreso, pero ya estaban dentro. Entraron como una jauría, gritando, y veían para todos lados tratando de cubrir todo el espacio con la mirada al mismo tiempo.

—¡No te muevas cabrón! No-te-muevas-porque-te-mueres —dijo uno de ellos, a la vez que me ponía la metralleta en el pecho empujándome contra la pared.

—¡Ya sabemos todo!

—¡Dónde tienes el dinero! ¡El dinero cabrón! —decía y acompañaba cada frase con el mismo empujón en el pecho.

—¡Ustedes —dijo a los que venían con él— busquen en todas partes y busquen bien.!

—¡Ya sabemos que aquí está, hijo de la chingada, así que no te hagas pendejo!

—¡A ver ustedes qué saben —les dijo a los dos, que estaban, ella llorando sin poderse explicar nada y él sorprendido, uno en cada rincón, ajenos por completo a lo que pasaba y mezclados en ello.

—Nosotros no sabemos nada —dijo mi madre desde su rincón, con la cara descompuesta por el llanto— mi'jo no ha hecho nada; ¿en qué los ha perjudicado? él no se mete con nadie.

Mi padre no decía nada y no se si era porque entendía lo que estaba pasando o porque de plano no entendía nada o entendía menos que ella; quizás un silencio premeditado.

Mi boca estaba seca y amarga, la cabeza caliente y mucha sed, una sed que nunca antes había sentido, ni siquiera en las marchas forzadas; la lengua se me pegaba al paladar y la sentía inútil, inservible, ajena, como un pedazo de algo que estorbaba; las manos sudorosas; escuchaba los gritos y el llanto de todos al mismo tiempo en una maraña espantosa de ruidos y movimientos entretejidos con el ladrido de los perros que arremolinaban contra la pared en una defensiva por instinto.

Ahora se encontraba como aquella primera vez hace años.

Los interrogatorios casi terminaban. Eso pensaba porque ya lo habían dejado en paz y creía haberlos engañado al cuidarse de no mencionar para nada lo pasado.

El sólo hecho de pensar que tenía que volver, no a la misma prisión sino a otra, que para el caso le resultaba lo mismo, le provocaba una sensación desconocida y la cara y la espalda se le encojían por una contracción involuntaria de la piel.

Lo que nunca olvidó y recordaba una y otra vez era aquel recibimiento que le hicieron al llegar. Y lo recordaba aunque no quisiera, como si lo acabara de vivir.

—¡Echenme a ese cabrón pa'ca!
—¡Me gusta ese bizcochito y necesito uno!
—¡A los guerrilleros me los cojo!

Inexplicable al principio; pronto llegó a entender que la cárcel es un lugar como cualquiera, si se vive fuera de él, pero un mundo aparte estando dentro. Dos dimensiones en una misma, diferentes e iguales a la vez. Recurso legal para la humillación y el rebajamiento; una dimensión casi secreta donde la sociedad se esconde para exhibir su verdadera fisonomía.

En aquella prisión, el Señor de los Afligidos estaba cubierto de la espalda por un manto rojo de terciopelo, terminado por todo el borde en espiguilla dorada que zigzagueaba a intervalos cortos e iguales como un chorro delgado de miel. La figura humana en aquel rincón, tiesa y volumétrica, pintada de colores que pretendían confundirse con los de la piel natural. Las manos atadas por delante desde que fue hecho prisionero, sosteniendo una vara, como bastón de mando, que no se sabía de que árbol o arbusto era. La expresión de conformismo y derrota, cuajada e inalterable. Sin zapatos y el tronco del cuerpo echado hacia adelante, sentado sobre algo indescriptible por desconocido. La veladora a sus pies en un envase de vidrio, encendida siempre, con una llama interminable que teníamos que perpetuar encendiendo la siguiente antes de que se apagara la anterior, como si dejarla extinguir fuese para todos la muerte.

Las paredes eran de adobe y se desmoronaban muy lentamente como si quisieran defenderse del

paso del tiempo. Sus dimensiones eran limitadas. Estaba ruinosa, infecta y mal oliente. Fría por las madrugadas y como un horno a la mitad del día. La mugre haciéndose fuerte en todos los rincones, escondida para quedar a salvo de la limpieza general que hacíamos por la fuerza. No había crujías o todas quedaban resumidas en una.

Por dentro, las cuatro paredes estaban ocupadas por celdas que se apretujaban una contra otras. Por fuera, un pasillo y una muralla. También había unos espejos, que al quebrarlos para hacer muchos, adquirían formas geométricas planas difíciles de clasificar en la geometría conocida. Incrustados en las paredes o colgando de ellas parecían agujeros libertarios a través de los cuales sólo era posible ver desde dentro hacia dentro, en una ilusión óptica frustrante de libertad; estaban sucios y el azogue les caía a pedazos, sin saber si por la humedad o por la acción prolongada del tiempo o por ambas cosas.

El piso adoquinado con piedra volcánica traída de algún lugar desconocido era como una pared horizontal que rompía con lo convencional de las paredes verticales que tienen que luchar contra la gravedad. Los tendederos improvisados para siempre en las hojas de las puertas de cada celda, ocupadas por ropa mal lavada y raída: calzones amarillozos por el orín que siempre gotea a pesar de los movimientos estrangulantes y los jalones hacia delante con la mano para sacar por la fuerza todo lo que tiene que salir de una vez, herrumbrosos como si estuvieran oxidados por los residuos fecales.

Hoy parece que todo se repitiera. Estoy aquí y sin embargo no se dónde me tienen, y por más esfuerzos que hago no logro ubicar este lugar. Lo único que consigo obtener es un croquis mental mal hecho y burdo que aparece y desaparece en mi mente confundiéndome más todavía.

La celda tiene una ventana hasta arriba, en el lado opuesto de la puerta. Fuera de ella un pasillo siempre iluminado con lámparas fluorescentes; lo cual me impide saber si es de día o de noche.

Hasta el fondo de la prisión estaban los retretes sin puerta, despidiendo una mezcla acumulada de olores por las evacuaciones y la criolina sin diluir, que penetraba por la nariz causando dolores de cabeza los primeros días.

Los recipientes, que en otros tiempos eran blancos, parecían monstruos insaciables con sus enormes fauces siempre abiertas. Sólo sobrepuestas, sin ningún vínculo con la base, de tal manera que cada vez que se tapaban debían desmontarse. Para usarlos era necesario acomodarse bien haciendo movimientos laterales y semicirculares con juegos de cinturas que más bien parecían movimientos coitales. Al sentarse en ellos había que hacerlo sin descansar todo el cuerpo, extendiendo los brazos en cruz, colocar las palmas de las manos sobre las paredes crujientes de madera y repartir el peso del cuerpo en todos los puntos de apoyo. Parecíamos reyes crucificados en el trono.

Esto provocaba una irritación por no quedar uno satisfecho, además de los comentarios de quienes veían; esos cabrones gritando siempre que iba uno a cagar; ni dejaban hacerlo a gusto.

–"¡Así, así papacito acomódate!"

–"¡A la hora de cagar todos los culos se abren, cabrones!"

–"¿Te ayudo?"

–"¡Ya córtale!"

–"¡A'i te va esta pa'que te lo limpies güey!" –al mismo tiempo que se agarraban el miembro por encima del pantalón y empujaban hacia adelante.

Al sentarnos en los retretes, los gusanos, semejantes al arroz descarado, rugosos y semitransparentes, con movimientos contráctiles, salían de la base de la taza, desesperados a través de las fracturas del piso, buscando residuos lechosos de criolina, yendo al encuentro de lo que debieran eludir, como suicidas.

La cuesta de las horas y los días también la he perdido otra vez. Ya no se ni la hora ni el día. Si no me hubiera dormido llevaría la cuenta. Pero sin reloj ni sol, en un silencio tan grande y refundido como me tienen estos cabrones es muy difícil saber las horas o el día; sólo estando despierto siempre. Pero quién aguanta tanto.

En aquella cárcel nos asoleabamos por las mañanas como reptiles somnolientos salidos de las profundidades de la tierra, despertando de un sueño oscuro perdido en el tiempo. La piel hongosa y sucia. Nuestros vientres fríos y diarreicos. Sin hablarnos, reprimiendo con dificultad un odio que quería escapar y que debíamos atragantarnos con él todos los días.

El escape de la realidad por el camino del sueño profundo, prolongado, enajenante y pesado, siempre terminaba bruscamente a la hora de la cuenta, acumulando odio y frustración. Moviéndonos como desconocidos en la aglomeración. Taciturnos. Esperando que cualquiera nos provocara y cuidándonos de no provocar a nadie. Un odio suspendido, engarrotado y flotante.

Las enfermedades carcelarias originadas por situaciones de inseguridad; ambiguas y desesperantes.

Procesos que no avanzan, justicia que se estira o se encoje como si fuera de hule; fianzas que no se fijan o que no se pueden pagar; expedientes anquilosados o perdidos. El pago de la deuda por la droga o los garrotazos; un familiar que se muere o un

hijo que nace. Las macanas empuñadas, los fusiles y las metralletas con cargadores curvos; las torretas de concreto armado; el candado, la celda de castigo para encarcelar más al preso; las rejas, las cadenas, los pasadores. La falta de dinero o los abogados defensores chupando hasta el último centavo; el estado de ánimo de los jueces a la hora de la sentencia; los careos con la policía. El trabajo que no se vende o el material de trabajo que no llega; el cateo general y sorpresivo; los uniformes de los guardias y los guardias mismo. Los papeles escritos. Las *puntas*. Los frijoles con gorgojos, duros y enteros; el atole blanco de maíz sin azúcar. Los gritos de alerta; los aventones de los guardias; el insulto; la cuenta a mañana y tarde. La lucha casi salvaje por un pedazo de celda. El miembro que cada día se atrofia más. Las mismas canciones de los que siempre cantan. La mata de mota escondida que crece peligrosamente y pueden encontrar. Las mismas conversaciones gastadas. La negativa para la visita conyugal; la incertidumbre del engaño de la que está fuera. El radio a todo volumen. El comité ese pro-presos políticos que se chinga desvergonzadamente nuestro trabajo o lo que producimos para ayuda de nuestras familias.

En la puerta metálica hay letreros grabados. "Mexico 68", "2 de Octubre"; consignas y nombres de personas que seguramente estuvieron aquí. Hay una cama de fierro y uno de los lados más cortos está incrustado en la pared, sus dos únicas patas descansan sobre una base de fierro también, agarradas con tornillos que penetran en el piso atravesando la pequeña plataforma, unidos con grandes costras de soldadura como tejidos degenerados en el proceso de cicatrización. Como si alguien se las fuera a llevar. No es alta, se levanta apenas medio metro sobre el nivel del piso, cubierta con colchas viejas atestadas de chinches que no me han dejado dormir. Aunque ni ganas tiene uno esperando que vuelvan en cualquier momento.

Saber si es de día o de noche o dónde estoy, en realidad no me preocupa tanto como saber lo que vendrá. Cada vez que lo pienso me duele el estómago y sudo frío; luego la salida de los gases que ni yo mismo aguanto por pestilentes y las ganas de orinar a cada rato.

Teníamos los rostros amarillentos y las uñas largas atascadas de mugre. Pantalones y camisas descocidas, a propósito, de la entrepierna y las mangas, bajo las axilas, para que los piojos no anidaran en esos lugares. Donde más se juntaban era en los huevos, dejando puntitos rojos cada que nos picaban. A veces chingaban más que las chinches, porque estos van a donde uno va. Flemas por todos lados y descalzos. Moscas apretujadas alrededor de cada escupitajo como si fueran caminantes sedientos que de pronto encuentran un oasis.

Encima del lavabo, en la pared, un espejo de aluminio donde nada se refleja claramente. Distorcionante de la realidad. Si pudiera verme la expresión de la cara quién sabe cuál sería, creo que nadie se ha visto realmente en un espejo estando en un estado de inexistencia como éste. Y seguramente lo hicieron así para no reflejar la verdad o bien para que al quebrarlo no se pueda usar como arma. Han de creer que voy a cortarme las venas.

La puerta tiene un postigo con barrotes verticales que se abre por fuera, por donde se alcanza a mirar la cara la altura de los ojos del que se asoma a cada rato. Porque de seguro esa consigna le dieron, para que no les *gane* la iniciativa en el suicidio. Suicidarme, cabrones, como si eso fuera tan fácil.

No todos teníamos vista conyugal. Apestábamos a espermas por las emanaciones precipitadas en la soledad o de plano delante de todos, como los días después de la visita, cuando me tocaba tallarle las nalgas al *Zurdo*. A este cuando hablaba, le escurría saliva transparente y pesada que se limpiaba con el dedo índice y pulgar de la mano izquierda, que luego se secaba en la pierna del pantalón del mismo lado.

—¡Entrenle que ya v'empezar! —gritaba con todo lo que podía el promotor de aquella especie de exhibición primitiva, alargando la voz, prolongando los gritos como si estuviera anunciando alguna pelea. Nos caía de la chingada y daban ganas de agarrarlo del cuello y sacudirlo con fuerza para que dejara de gritar como lo hacía.

—¡Este contra éste! gritaba en medio de los dos a la vez que ponía su mano izquierda en el hombro de uno y la derecha en el del otro.

Luego giraba con ellos despacio, como si de verdad estuviera sobre algún cuadrilatero. Después iba y venía paseandose por la pequeña pista que formábamos los presos a cada lado cuidándonos de no pisar las marcas que hacíamos en el piso con jabón a manera de tiza; al mismo tiempo que golpeaba las manos para despertar el interés de todos por las apuestas.

—¡A ver quién va más, quién va más! ¡Juegas, juegas! ¡Háganse pa'llá porque los van a salpicar!

Aquella vez les aseguré que los que apostáramos al *Zurdo* ganaríamos nuevamente porque la metida del dedo no podía fallar.

Los dos se colocaban uno al lado del otro como si fueran dos caballos en el partidero, concentrándose en lo que iban a hacer. Pedían silencio y todas las miradas se concentraban en sus miembros erectos; algunos nos cuidábamos de no vérselos con insistencia.

Todos participábamos en las apuestas con tal de ver el proceso de aquello que poco a poco acababa

por contagiarnos por igual en un frenesí eyaculatorio, salvaje y primitivo.

Antes de dar la voz de arranque, se procuraba la mejor erección con la mano propia o con la ayuda de algún partidario.

El cruce de las apuestas no era para ver quién conseguía *venirse* primero o en mayor abundancia, sino para ver quién los aventaba más lejos.

Los dos se quitaban hasta los zapatos pues decían que así se exitaban mejor al sentir en la planta de los pies el contacto con el piso.

El ganador debía ser el que lograra contenerse durante más tiempo; además de poder regular la salida presionando y aflojando repentinamente en el momento preciso, ni antes ni después.

Para alcanzar una mayor distancia estaba permitido que echaran hacia adelante la pelvis, siempre y cuando no se pasaran de la raya donde comenzaba a medirse la distancia.

—¡Ora si ya v'empezar ñeros! ¡A la una ...a las dos... y a las tres! —para entonces ya habían llegado a la mejor erección y comenzaban a tallar un sin número de veces rítmicamente, con una y otra mano o con las dos, si era posible.

Después cerraban los ojos poco a poco imaginándose estar encima de la mejor de todas las viejas, o quizás con la que siempre lo habían hecho.

Al *Zurdo* lo teníamos por favorito, porque casi siempre ganaba, o más bien porque yo lo hacía ganar.

Parándose sobre la punta de los pies empujaban para adelante embistiendo salvajemente —como animales— contra un cuerpo bien formado e inexistente, tal como si la especie humana hubiera ya perdido la capacidad del placer sexual de la relación directa. Mutantes.

La respiración de los dos era ya desesperada y jadeante, confundida con el griterío enloquecido de los partidarios de uno y de otro que también estaban ya manipulándose entre sí. Unos y otros en un manoseo entrecruzado para mayor satisfacción, en aquel ambiente de enajenación sexual primitiva.

Cuando la eyaculación estaba cerca, comenzaban a alargar el ritmo de la respiración deformandose tanto al contraer el cuerpo, que adquirían una imagen monstruosa, como de alguien que quisiera concentrar toda la esencia de su ser en algún punto de la mitad del cuerpo para arrojarla violentamente al vació, a la nada.

El que siempre se *venía* primero era el derecho —aunque esa ocasión sus partidarios aseguraban que sí ganaría por que era incapaz para aguantarse, y aunque los dejara escapar en tres ocasiones, siempre alcanzaba la misma distancia.

—¡Dos metros y tres rayitas, ñeros! ¡Dos metros sesenta; casi tres! —gritaban como consolándose por lo que pudo haber alcanzado si se hubiera dominado un poco más.

Los ayudantes del *Zurdo* seguíamos trabajando para exitarlo al máximo. Uno le acariciaba las piernas peludas con mucha delicadeza, mientras yo le palpaba las nalgas, al mismo tiempo que le decía pausadamente —en contraposición violenta con el griterío— lo que le estaba haciendo al deslizar las manos por toda la superficie casi esférica.

Cuando las piernas comenzaban a temblarle y se encorvaba demasiado, le metía el dedo, en ese preciso momento, presionándole la próstata para que la eyaculación llegara más lejos.

El que a cada rato se asoma por el postigo tiene huellas de barros en la cara y unos ojillos de rata. Cada que lo hace parece por un momento que es él quien en verdad está encerrado y no yo, pero no, no es así.

Cuando levanta la puertecilla, sus ojos ratoniles buscan instintivamente y con rapidez en toda la celda como si la viera por primera vez. Al cerciorarse de que no me he colgado ni cortado las venas, se retira sin decir nada.

Aquí está uno como animal enjaulado, pero con la posibilidad de salir algún día, lo que no pasa con ellos; uno tiene mejor suerte. Los animales de circo o los del zoológico están jodidos porque nunca saldrán. Para estos no hay sentencia determinada de tiempo, ni el dos por uno, ni las tres quintas partes. No hay libertad preparatoria, menos una salida por secuestro, ni desistimiento, ni fianza o amnistía. Luego, cuando desesperados se abalanzan sobre el domador o sobre quien les da la comida ahí mismo los matan y si logran escapar, se organiza una jauría humana para su persecución y exterminio.

Desde mi celda escucho que el de los ojillos de rata conversa o simplemente saluda en otras celdas a los que están dentro; seguro que esos ya tienen más tiempo que yo y les han de haber sacado todo lo que saben, porque cuando uno *afloja* o logra engañarlos, lo dejan en paz. Claro que esto no dura mucho y vuelven a la carga con más furia al darse cuenta del engaño.

Oigo voces hasta el fondo del pasillo, luego pisadas rápidas con un taconeo acelerado que me hace sudar de pronto las manos dejándome la boca seca y amarga. El silencio se retira. ¿Vendrán por mí?

Ya estan frente a la puerta de mi celda. Pasan segundos que se eternizan deslizándose pesadamente, como magma. Se oye un manipuleo precipitado de llaves que suben y bajan buscando la de esta puerta. Me hago preguntas que no tienen respuesta, suposiciones y recuerdos que me asaltan despiadados llegando desde lejos en la distancia del tiempo, desde atrás, de todas las direcciones de la vida. Todo se amontona y no puedo ordenar nada en ninguna dimensión, ya no hay tiempo que alcance. ¡Están aquí! El pasado y el presente quedan confundidos con el futuro en una maraña sin forma. La puerta se abre. Intempestivamente aparecen tres de ellos, con semblantes de rasgos duros.